Berit Balzer

KAKANIČ



KAKANIČ

Berit Balzer



Ediciones Albores

KAKANIČ
1ª Edición: Sevilla a 30 de Octubre de 2022
©Copyright de la obra: Berit Balzer
©Copyright de la edición: Ediciones Albores
Email: info@edicionesalbores.com
ISBN: 978-84-19385-29-1
Depósito Legal: SE 2089-2022

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra, así como su contenido y/o el diseño de portada y contraportada. La editorial se exime de toda responsabilidad sobre los posibles daños o perjuicios que pudiera ocasionar el contenido mismo de la obra.

1. Infancia

De repente, todo queda en silencio. Una luz que se filtra entre las ramas se va apagando y la oscuridad desciende sobre el niño. Es la misma sensación como cuando se queda dormido: se siente libre de preocupaciones, ligero y sin dolor, como si estuviera yaciendo sobre algodón. Madre le da un beso en la frente y él vuelve a repasar los acontecimientos del día: todo está bien, nada le oprime. Imagina los momentos más bonitos de las últimas horas y sonríe, mientras va abismándose en un profundo sueño…

……

……

Lo que ha sucedido se aleja a ratos en su memoria. Por momentos... la negrura total... todo oscuro y silencioso... Luego aparece en su campo visual un pequeño punto brillante que poco a poco va aumentando de tamaño. Entonces, de sopetón, le viene una ráfaga del recuerdo: había perseguido la mariposa, había querido atraparla en su red. Era tan colorida y frágil, ligera como una pluma. Tenía unas alas traslúcidas y delicadas que se plegaban y desplegaban rítmicamente. Josef había corrido tras ella y después se había subido al árbol donde la vio en una de las ramas. Se había acercado a la pequeña criatura con cautela, por miedo a ahuyentarla. Trepando, contuvo la respiración. Justo cuando consiguió atrapar a la mariposa en su red, se rompió la rama podrida bajo su peso, y lo único que recuerda es que se cayó, indefenso, al vacío. Luego lo envolvió una oscuridad sin límite…

…….

Líneas que convergen y se separan, brillantes rayas blancas sobre un fondo negro que vienen del infinito y vuelven a desaparecer en la lejanía. Al niño le embarga una sensación como de flotar por encima de todas las cosas del universo. Así podría uno quedarse para siempre, es muy agradable.

—Sepperl, ¿qué te pasa? ¿Puedes oírme?

Alguien se dirige a él. Es la voz de Marlies, como si viniera de lejos. Ella suele llamar a Josef por su nombre familiar: "Sepp" o incluso con la variante regional "Sepperl". Ahora se le unen otras voces; algunas le son conocidas, otras no.

—Manden llamar a un médico inmediatamente, tal vez se haya lastimado la cabeza. Nadie debe moverlo, bajo ningún concepto, mientras esté inconsciente. ¡Se ha caído del árbol!

El niño no reconoce esa voz, pero luego oye a Marlies lamentarse:

—¡Ay, Dios mío! ¡Sepp, no me hagas esto! Sólo te he perdido de vista un momento. ¿Qué pensarán de mí los señores? ¡Que el cielo se apiade de mí!

Varias personas se inclinan sobre él; alguien le toma el pulso en la muñeca y le acerca la oreja a la boca para ver si aún respira…

…….

Poco a poco, la negrura dio paso a un pequeño resplandor y varios sonidos volvieron a ser más audibles. Josef dio un alarido, porque sintió un dolor agudo en la pierna izquierda. Entornó los ojos, debido a la luz del día que parpadeaba a través de las copas de los árboles, por encima de él, y se percató del rostro consternado de su niñera, tan cerca del suyo que incluso podía sentir su cálido aliento. Al lado de Marlies vio la cara, igualmente preocupada, de un joven desconocido que ahora trataba de convencerle con palabras tranquilizadoras:

—¡No te muevas! El médico ya debe estar aquí.

Y esta cara extraña se contrajo en una sonrisa forzada, mientras su dueño trató de acomodar la cabeza de Josef en su regazo. En ese momento, una oleada de dolor abrupto se abatió sobre el niño, sepultándolo literalmente. Le dolía tanto la pierna que prorrumpió a gritar sin poder refrenarse:

—Ayyyyyay, déjame así. No puedo levantarme, ¡aaaah!

Lo recorrió un incontrolable temblor, y entonces comenzó a llorar:

—¡Mamá!, ¿dónde está mamá? ¡Dile que venga y que me lleve a casa!

Cuando el pequeño ya había pasado algunos minutos así, en medio de la hierba, gimiendo y sollozando, se acercaron de repente unos pasos apresurados. Las faldas recogidas crujieron con su frufrú entre los altos tallos. Oyó un grito de preocupación:

—¿Qué ha pasado? ¿Qué le ocurre a mi hijo? ¡Sepp, oh por Dios, habla! Marlies, ¡cómo has podido dejarle subir al árbol!

La niñera balbuceó tímidamente unas palabras de disculpas, pasando sin cesar su pañuelo arrugado de una mano a otra y sorbiéndose los mocos, sin melindres.

—Señora, lo siento mucho. Sólo he apartado la vista un momento, cuando Josef ya se había ido corriendo con su cazamariposas. Es más rápido que una comadreja.

—¡Ah no! ¡Seguro que has estado tonteando con tu galán en lugar de vigilar a mi hijo!

La voz de madre sonaba reprobatoria y al mismo tiempo ansiosa, llena de inquietud:

—Sepperl, cariño, no es grave. Todo saldrá bien. Ahora estoy contigo.

Le secó las lágrimas y le sonó la nariz con un pañuelo de batista que se sacó de una manga. Con una sonrisa, le acarició la frente sudorosa, apartándole con suavidad el pelo oscuro que casi le tocaba los ojos. Josef sabía que le había pasado algo en la pierna, pero como no la tenía a la vista, sólo sentía un dolor, ya sordo, ya punzante.

—Mamá, ¿me voy a morir?

—Me temo que te habrás roto algo, mi amor. Eso es malo, pero no te morirás por ello. El médico vendrá en un minuto, ya sabes, quédate quieto... sí, así, ¡no te muevas!

Madre sujetó con fuerza la pequeña mano de Josef entre las dos suyas, que eran sólo un poco más grandes que las de su hijo, y se afanó por no dar indicios de su malestar. De hecho, el

consejero privado Dr. Merzl detectó una ligera conmoción, debido a la cual Josef había perdido brevemente el conocimiento. Con dos fuertes ramas, el médico improvisó una férula para la pierna herida del niño, el cual continuaba gimoteando, y la afianzó con un vendaje. Luego dio instrucciones a sus dos ayudantes para que subieran al pequeño paciente a una camilla y lo llevaran a la mansión. Una vez allí, enderezó y escayoló el peroné roto y ordenó que Josef permaneciera un tiempo en cama, por la lesión de la cabeza.

—Señora, asegúrese de que su hijo esté cómodo y a gusto. Si siente algún dolor, puede darle diez gotas de Hoffmann en un terrón de azúcar cada seis horas. Y si se marea, por favor, hágamelo saber inmediatamente.

Y así sucedió que Josef quedó confinado en su lecho de enfermo durante varias semanas. Le traían sus copos de avena por la mañana; al mediodía, su carne asada con pelotas de pan; de postre, manzanas al horno y, por la noche, su sopa o sus tortitas. Era buen comedor y lo deglutía todo con voraz apetito. Tan pronto desapareció el dolor de cabeza, alguien le ayudaba a ponerse en pie dos veces al día para que pudiera cojear por la casa, protegido por la escayola, y sentarse a la mesa con sus padres para las comidas principales. Era un pequeño paciente al que todos los sirvientes apreciaban, sobre todo por su carácter equilibrado y ecuánime.

÷÷÷

Durante la convalecencia de Josef, su madre le daba lecciones de lectura y escritura. Ella se sentaba junto a su cama durante horas y le contaba cuentos de hadas. Le leía su libro favorito, una colección de historias heroicas, y le enseñaba algunas alegres cancioncillas para distraerle. Luego le entregaba una pequeña pizarra en la que Josef garabateaba con tiza blanca aquellas letras mayúsculas y minúsculas que ella le dictaba insistentemente, una y otra vez. Los ascendentes y descendentes

de los trazos se volvían cada vez más uniformes y, al cabo de varios días, sus ejercicios de escritura ya podían tomarse por una bella caligrafía.

Josef disfrutaba de las horas con su querida mamá, pendiente de sus labios, embelesado por su encantadora sonrisa, y deleitándose con las amorosas miradas de sus profundos ojos azules que parecían abrazarle con calidez. Gerlinde Stradner, consorte del consejero judicial, era una figura imponente a sus veintiséis años, alta, delgada y morena. A pesar de su carácter abierto, que la disponía a reírse a carcajadas, tenía un ligero dejo de melancolía en las comisuras de los labios, impresión que se reforzaba cuando bajaba los párpados, de espesas pestañas, medio por asentir, medio por devoción hacia su hijo, sobre unas luminosas pupilas. Josef adoraba a su mamá. Le gustaba cuando lo acariciaba con sus manos suaves y delgadas, dirigiéndose únicamente a él con su melodiosa voz:

—"...y así vivieron felices para siempre". Pero ahora es el momento de dormir rápidamente. Mañana te leeré un nuevo cuento de hadas.

El niño estaba satisfecho con este arreglo. Como no tenía hermanos, podía estar seguro de que su madre le quería sin reservas. Con su padre, la situación era un poco diferente. Por supuesto, él también mostraba su afecto por el hijo de tarde en tarde, pero a menudo estaba ocupado en otro lugar y, por lo tanto, participaba menos de la agitada infancia de Josef que su mujer. También solía ser estricto e inflexible, lo que quizás se debía a su educación militar. Sin embargo, sus reprimendas con frecuencia se limitaban a algunas palabras duras; nunca le había castigado físicamente. El niño sólo conocía este tipo de método educativo de oídas o por los episodios, a menudo sombríos, de más de uno de los cuentos de hadas de su libro.

÷÷÷

Julius Stradner, consejero de la corte, ocupaba actualmente un destacado puesto en el Tribunal Supremo de Justicia y Casación. En su juventud había sido, primero, cadete en una escuela militar y más tarde candidato a oficial en la Academia; había luchado en la batalla de Königgrätz, y el emperador le había concedido una medalla al valor por una acción especialmente audaz. Josef estaba orgulloso de su padre, sólo que a veces deseaba recibir un poco más de atención, amabilidad y dulzura. El muchacho solía reflexionar, durante las horas de su prescrito descanso, sobre esta relación. La mayoría de las veces, padre se dejaba caer por la habitación de Josef una vez al día, preguntándole cómo estaba, sólo para despedirse demasiado pronto con un gesto apaciguador:

—¡Serás más fuerte después de esto, hijo mío!

Y cerraba silenciosamente tras sí la puerta del dormitorio de su único vástago.

Marlies, la niñera, sustituía ahora a mamá, cada vez con mayor frecuencia, para leerle en voz alta. Pero a veces estaba distraída, por no decir despistada. Hoy le leía, descentrada y de manera entrecortada, la obra de Gustav Schwab *Las más bellas leyendas de la antigüedad clásica*, tras hojearla con cierta indecisión durante un rato:

> *Construido sobre magníficos pilares se alzaba el castillo real del... dios sol, resplandeciente de oro y ca-car-bún-cu-cu-lo.…*

Entonces se le ocurrió a Josef que Marlies acaso no entendía lo que estaba leyendo, y por eso pronunciaba las distintas palabras de forma tan vacilante y monótona, como si fueran obstáculos en un camino pedregoso que había que vencer. Ocurría, cada vez más a menudo, que Josef cogiera el libro, le diese la vuelta a la tortilla y le leyera a su niñera algunas sagas y hazañas con una entonación fluida y correcta, lo que no pocas veces la avergonzaba. Luego, Marlies se enfadaba con facilidad, sobre todo cuando él le hacía preguntas como: "¿Qué

es eso, un carbúnculo?", porque ella nunca había oído esa palabra y, por lo tanto, no podía explicarla: "¡Oh, déjalo, Sepp! Lo descubrirás con el tiempo".

÷÷÷

El pequeño aprendió a leer en pocas semanas porque quería a toda costa saber cómo continuaban las historias. Después de escuchar el mismo cuento varias veces, se sabía su texto al pie de la letra, y cuando su madre se lo leía en voz alta, él seguía las líneas con los ojos, apoyándose en el hombro de ella. Si, alguna vez madre se saltaba un párrafo o acortaba alguna explicación, Josef protestaba: "No, mamá, te has olvidado de algo aquí". De este modo, los caracteres fueron cobrando el sentido de sonidos para él, y el encadenamiento de sonidos se convirtió en lenguaje, en significado. Al absorber con avidez los distintos términos y epítetos, almacenándolos en su vocabulario, Josef llegó a entender mucho más para su edad que algunos adultos. Sin embargo, aparte de esa destreza, seguía siendo el típico bribonzuelo que robaba golosinas de la cocina. Pues bien, nadie podía enfadarse con él. Había heredado los armoniosos rasgos faciales de su madre, sus ojos azules y su pelo oscuro. A cambio, su complexión robusta, pero delgada auguraba que algún día sería tan buen mozo como su padre, que, como todos los miembros de esta rama familiar, tenía el cabello rubio rojizo. Uno de los antepasados de Julius Stradner había tomado como esposa a una mujer irlandesa, por lo que todos los descendientes de esta línea parecían un tanto unos celtas pecosos. La otra línea procedía de los Estados bálticos y era rubia en su totalidad. Así que dentro de la familia Stradner, por parte del padre, había esta interesante mezcla de europeos del norte y del oeste, con inmigrantes procedentes de Estiria y Hungría. Josef recordaba que de pequeño había admirado las luces cobrizas en el bigote de su padre y que a veces le jaleaba las guías. Papá le reprendía regularmente por ello, hasta que al final el niño se abstuvo de

hacerlo y, a medida que creció, también dejó de acercarse con tanto cariño a su padre, manteniendo siempre una distancia prudencial. Con el tiempo, el consejero de la corte, "Hofrat" Stradner, se convirtió para él en una persona de respeto, casi un poco como un extraño.

÷÷÷

Cuando Sepperl se reía, se apreciaban en sus encías algunos huecos donde aún no habían asomado los dientes permanentes, y sus ojos almendrados se convertían en zafiros brillantes por encima de sus altos pómulos. Sus cejas eran líneas rectas en una frente alta y algo ancha, de la que solía apartar, con los dedos separados, el grueso mechón de pelo que le caía sobre los ojos cada vez que movía la cabeza. Todos los sirvientes se sentían apegados a él, como si fueran parientes cercanos o buenos conocidos de sus padres. De carácter alegre, Josef solía mostrarse como un chico de buen humor, aunque los momentos de seriedad también se reflejaban sin disimulo en su rostro. Tenía un carácter abierto y extrovertido, directo y sincero hasta la médula. Nunca había aprendido a engañar, ni siquiera a mentir, aunque a veces decidiera callarse cierta información por el momento o simplemente retenerla. Era como una estrategia que conocía de ciertas acciones militares y que utilizaba de vez en cuando para sus dos ejércitos de soldaditos de plomo. O incluso cuando jugaba a policías y ladrones, con niños de su misma edad, en el parque de la villa paterna.

Al cabo de unas semanas se le permitió moverse por la casa y el jardín, con la ayuda de dos muletas, aunque había que tener cuidado para que el proceso de curación no se interrumpiera por un paso en falso o un involuntario empujón. Así que, por el momento, también se prohibieron las visitas de los niños vecinos. Por lo tanto, se entretuvo solo, explorando su entorno. Una tarde, tras una de sus incursiones en el parque, se acercó de nuevo a la mansión y casualmente escuchó, a través

de la ventana abierta de la veranda, cómo Marlies coqueteaba con el mismo joven que Josef había conocido tras su caída del árbol y que, según resultó, era uno de los criados de la finca adyacente. Como sus amos estaban de viaje la mayor parte del tiempo, se ponía a disposición de los demás, siempre que podía, y se apresuraba a visitar a su último amorío. Quizás Marlies pensó que debía mostrarse recatada, por lo que rechazó sus arrumacos:

—Bueno, Ferdl, déjame. No debemos actuar con tanta familiaridad aquí. En realidad, no deberías visitarme durante el día.

—Vamos, bonita, ¿cuál es el problema? No sueles ser tan tímida.

—Tendrás que esperar hasta la noche. No voy a cerrar la puerta de mi habitación, entonces puedes venir a verme. Pero nadie en la casa debe notar tu presencia. Y toca cuatro veces, para que sepa que eres tú y te deje entrar.

—¡Vale, pues, dame un beso, Lissi, y luego me esfumaré!

Josef aguzó los oídos. Esos sonidos eran nuevos para él. Oyó caricias —piel rozando piel—, una suave risita y roce de cintas o cordeles, y luego todo volvió a quedar en silencio. Pero su curiosidad se había despertado. Esa misma noche esperó ansioso hasta que todos los habitantes de la casa se habían ido a descansar. Subió la escalera con cautela, con ayuda de la barandilla, para que los peldaños no crujieran, y luego avanzó con sumo cuidado. En el corredor alfombrado, que se extendía hasta el final del pasillo, nadie podía oír el amortiguado toctoc de su pierna escayolada. En un rincón oscuro se sentó sobre un arcón y esperó hasta que, al cabo de un rato, oyó unos pasos sigilosos que se dirigían hacia él. Josef aguantó la respiración, abrió mucho los ojos y retrocedió a las sombras. Ahora, muy cerca de él, se abrió la puerta de la habitación contigua, franqueando el paso al visitante nocturno. Durante mucho tiempo todo estuvo en silencio, a excepción de unos susurros muy suaves y risas reprimidas, más allá de la pared. Pero poco a

poco el niño fue percibiendo algo más: alguien producía sonidos que él no había oído nunca, y eso le extrañó. Escuchó con atención y no entendió nada, pero se dio cuenta de que algo ilícito estaba ocurriendo allí.

÷÷÷

Al día siguiente, Josef se sentó a la mesa para el almuerzo con sus padres, y se sirvió la sopa con el debido apetito, mientras escuchaba la conversación entre los dos, como si estuviera distraído. Padre carraspeó con insistencia, antes de dirigirse a su esposa:

—Hoy ha habido un pequeño escándalo en el consejo de ministros. Nunca he visto a Reichert tan molesto, ¡sinceramente! No te vas a creer lo afectados que estábamos todos por las duras palabras de Langenau.

Dejó el tenedor a un lado, se retorció el bigote con nerviosismo y luego se pasó dos dedos entre el rígido cuello de la camisa y su piel. Pequeñas gotas de sudor asomaron a su frente. Madre depositó la cincelada copa de vino, se limpió la boca con la servilleta y contestó pausadamente, juntando las finas cejas:

—Bueno, esto puede empeorar en un futuro próximo con acusaciones mutuas. Es mejor que te mantengas al margen, pero... ¿Puedo plantearte otro tema que tiene que ver con Marlies? Me preocupa que esté descuidando sus tareas de supervisión porque siempre está coqueteando con su Romeo. No quería decírtelo para que no te enfadaras, pero Sepperl no se habría caído del árbol si ella lo hubiera vigilado mejor.

—¿De verdad lo crees? Bueno, supongo que tendré que ocuparme de ello entonces. Primero apelaré a su conciencia y, si eso no funciona, nos veremos obligados a despedirla y contratar a una nueva niñera.

Papá suspiró y cogió el periódico. Al oir estas palabras, Josef entró en pánico:

—No, papá, no hagas eso. Todo fue culpa mía. La señorita Marlies es muy buena conmigo y Ferdl también. Viene a menudo a visitarme y siempre me trae fresas silvestres. Una vez incluso me regaló una peonza. Y no volveré a ser desobediente, te lo prometo.

Ahora mamá frunció el ceño y preguntó a su hijo con suspicacia:

—¿Con qué frecuencia viene Ferdl a ver a Marlies? ¿Y por qué no se reúnen en su día libre? Al fin y al cabo, ¡para eso está!

El consejero Stradner asintió:

—¡Totalmente de acuerdo, querida! No le permitiremos ninguna distracción durante su horario de trabajo. Después de todo, le pagamos bastante para que le preste a nuestro hijo toda su atención. Ella también debería enseñarle algo, en lugar de mantenerlo ocupado con cualquier juguete mientras tontea con su galán.

Ante estas palabras de su padre, a Josef le vinieron a la mente ciertas cosas que ya había escuchado muchas noches. Pero como le caían fenomenal Marlies y su pretendiente, no quería perjudicarles, y se juró no decir nunca nada al respecto. Con las orejas rojas se encogió ante la mesa, como para pasar desaparcibido, y siguió cuchareando en silencio. Pero sus pensamientos lo asediaban.

÷÷÷

Aquella tarde estaba sentado con su madre en la veranda, absorto en una partida de ajedrez. Entonces Johann abrió la puerta del porche, anunciando que había un visitante que deseaba hablar con su padre. Papá y mamá reaccionaron tensos y con algo de incomodidad. Josef se indignó en secreto al darse cuenta de que su madre había dejado de estar atenta. Se había vuelto desconcentrada y ya no estaba en el juego con todos sus sentidos, mientras que su compañero de juego exigía su

atención constante e indivisa sólo para él. Los ojos de la señora Stradner vagaban inquietos de la mesa a la puerta y viceversa. Finalmente, con determinación, le dijo a su hijo:

—¡Espera un momento, Sepperl! Debo ver lo que el consejero privado Langenau tiene que decirle a tu padre.

Se levantó de la silla, se recogió con gracia su larga falda con ambas manos, echó atrás la cabeza con decisión y salió. Josef soltó un "¡Demonios!", medio reprimido y apenas audible. Pensó en su siguiente movimiento y en qué haría en cuanto mamá volviera. No pudo evitar acordarse del "Turco", un autómata de ajedrez que había derrotado a la Emperatriz María Teresa e incluso a Benjamín Franklin. Había visto un dibujo en una revista y se preguntaba por el complicado mecanismo. Pero como ahora estaba descentrado de todos modos, corrió a su vez adentro y se escondió, sin más, detrás del cortinaje del salón, espiando por entre los anchos bordes adornados con borlas. Mientras tanto, en el estudio, las voces sonaban amortiguadas al principio, pero fueron subiendo de tono, hasta que el niño escuchó de la garganta de su padre un apagado, pero claro "Jamás". Stradner volvió al salón con la cara roja y se dejó caer en el gran sillón junto a la chimenea. Unos minutos después, su esposa regresó a la estancia, pálida y con pasos inseguros. Se sentó con su marido y le habló, tapándose la boca con la mano. Josef leyó una enorme preocupación en los rostros de sus padres. Entonces, sin ser descubierto, se fue de nuevo a la terraza frente al tablero y se concentró plenamente en la última jugada, con la que pretendía dar jaque mate a su madre. Y esta vez lo consiguió, porque los pensamientos de ella seguían divagando y ya no estaban en el juego.

÷÷÷

El consejero ministerial Stradner había sido presionado por Langenau para que se pronunciara en contra de Reichert y a favor de su persona. Si no lo hacía, él, Langenau, revelaría ciertas

incongruencias financieras que Stradner había autorizado durante su mandato y de las que Reichert se había beneficiado a sus anchas. El embrollo se quedó sin resolver, pero no auguraba nada bueno. Stradner se sintió chantajeado y no estaba seguro de cómo actuar. Todo el asunto le puso en aprietos, porque siempre había procurado ejercer su cargo correctamente. En el fondo, no era consciente de haber cometido ninguna fechoría, aunque de vez en cuando aprobase ciertos gastos de cuyo paradero se le informaba rara vez o nunca. Pero había firmado, con plena confianza en la legalidad del procedimiento. Así le había descrito a su esposa Gerlinde este desagradable incidente, que amenazaba con convertirse en un escándalo. Tales revelaciones, que iban en contra de su sentido de la decencia y el orden, terminaron por desequilibrar a ambos. Por eso, madre se distrajo y perdió la partida ante su hijo. Gerlinde Stradner estaba descentrada por lo que su esposo le acababa de revelar. Al ser ella testigo de la visita de Langenau, a su marido no le había quedado más remedio que ponerla al tanto. Y luego estaban las insinuaciones que le había hecho últimamente Stanislaus von Bentheim y que ella no había rechazado a tiempo ni con la suficiente firmeza, quizá porque en el fondo la halagaban y porque su marido no parecía prestarle, en los últimos tiempos, toda la atención que ella creía merecer. Las indirectas amorosas de Bentheim, sus piropos y miradas libertinas, cayeron en un terreno baldío que, sin embargo, podría convertirse en tierra fértil a la primera lluvia de primavera. Desde hacía algún tiempo, se había creado una fría distancia entre ella y su marido. Gerlinde intentaba salvarla una y otra vez haciendo preguntas, pero Stradner siempre conseguía bloquearlas. Y no le permitió compartir sus problemas, algo que ella le reconvino al principio, pero que, después de varios meses, ya no estaba dispuesta a perdonar. Indignada por esta exclusión, se mostró receptiva a otras compensaciones. Pero éste era su secreto, por el momento. Y mientras tanto, dejaría que Bentheim se cociera en su salsa.

÷÷÷

Unos días después, el pequeño paciente, apoyado en sus muletas infantiles, cojeaba por el jardín y el parque contiguo, ambos propiedad de sus padres. Entretanto había llegado el verano con sus calores, por lo que Josef se había puesto ropa más ligera. Ahora, en el pie sano llevaba un zapato en lugar de la bota con cordones. En ese momento se acercó, tan cuidadosamente como pudo, a una enorme haya, en cuyo tronco había divisado una ardilla de color rojo óxido. Casi consiguió agarrarla con la mano, cuando el pequeño roedor saltó raudo por el lado más alejado del tronco, de modo que el niño sólo vio su tupida cola balanceándose graciosamente, antes de que el animal desapareciera. Decepcionado, Josef regresó a la florida veranda y se sentó en el banco de madera para mirar el reloj de bolsillo que su padre le había regalado unos días atrás. A sus seis años, lo llevaba como una joya preciosa en el bolsillo de la pechera de su jubón, pero lo sacaba cada diez minutos para comprobar si el tiempo había pasado demasiado rápido, pues no debía llegar tarde. Una ventana del sótano a su espalda despertó su curiosidad, porque a través de la apertura fue testigo involuntario de una conversación:

—¿Has oído lo que le ha pasado a mi amo? El cochero me lo contó, ¡menuda historia!

—No, ¿el qué?

—Bueno, está involucrado en algún negocio corrupto, se supone que ha malversado fondos del Estado y fue reprendido por el ministro imperial.

—¡Mira por dónde! ¡Quién iba a pensar eso de tu patrón, siempre tan altivo y frío!

—Ferdl, ahora temo por mi posición. Podría ser la ruina de toda la familia si el consejero Stradner pierde su empleo.

—Bah, ya será menos. Seguro que tiene un as en la manga o que será exonerado cuando todo se aclare. Creo que es un hombre íntegro, aunque se comporte tan distante con

nosotros. Pero Lieserl, mientras estés aquí, no te meterán patitas en la calle a las primeras de cambio. Y a Sepp le gustas, no dejará que eso ocurra. Toma, coge estas dos botellas, yo subiré las otras.

Esa misma noche, Josef trató de retener a su padre al lado de la cama durante un rato, antes de apagar la luz y cerrar la puerta. En efecto, fue una excepción en la rutina del consejero el que acompañara a su hijo antes de dormir. Con unos ojos que sin duda había heredado de su madre y que a Stradner le resultaban tan cautivadores como los de su esposa, Josef miró lleno de confianza a su interlocutor y le imploró:

—Papá, ¿te quedas un poco conmigo?

—Sí, hijo mío, ¿qué pasa? ¿Quieres confesarme algo?

—¿Qué significa "malversar"?

—¿Dónde has oído esa palabra? ¿Quién te ha dicho eso?

—Bueno, lo he oído y no lo entiendo.

Stradner puso cara seria y, tratando de alisarse el rizado pelo, explicó:

—Malversar significa tomar dinero que no te pertenece.

—¿O sea, robar? —preguntó Josef temeroso.

—Sí y no. A menudo no te das cuenta de inmediato de que falta dinero, sino cuando lo necesitas para algo concreto y ya no está.

—¿Y entonces, no puedes atrapar al ladrón?

Ahora, padre, un poco agitado, se pasó la mano por la cara.

—Sí, bueno, primero hay que averiguar quién era el responsable del dinero y qué hizo exactamente con él o en qué lo ha gastado.

—¿Y si lo tomó para su familia?

—Entonces es un ladrón de veras, porque eso no se puede hacer.

—¿Para qué otra cosa podría haberlo usado?

—He aquí la cuestión. La justicia aún tiene que determinarlo y luego demostrarlo.

Josef tiró con nerviosismo del extremo de su colcha, como si quisiera aferrarse o medio cubrirse la cara con ella. Con una pizca de timidez siguió inquiriendo:

—Papá, ¿qué es la justicia?

—Vamos, Sepp, ya sabes que soy un funcionario judicial, lo que significa que garantizo la ley y el orden en nuestro Estado. Ayudo a elaborar las leyes y también a velar por su cumplimiento. ¿Recuerdas la estatua que te mostré? ¿Justicia, con los ojos vendados, con una balanza en la mano izquierda y una espada en la derecha? La balanza sirve para hacer justicia sin mirar a quién, la espada para castigar.

—Cuando se castiga a alguien, ¿se le corta la cabeza?

—Puede ser, pero debe haber hecho algo muy malo.

—Papá, cuando nuestro emperador hace algo malo, ¿también es castigado?

—Hijo, ¡qué cosas me preguntas! Por supuesto, nuestro emperador Francisco José está por encima de todo. Al fin y al cabo, es todopoderoso. Ahora, vamos a dormir un poco, de lo contrario no podrás levantarte mañana, y queremos ir a pescar. Me gustaría cumplir mi promesa.

Stradner apagó la lámpara de parafina, besó a su hijo en la frente y salió en silencio de la alcoba. Pensativo, se dirigió a su escritorio y rebuscó en una carpeta de archivos, que empezó a hojear por enésima vez, sin dar con la información que deseaba. Desde hacía días, las acusaciones pesaban en su mente como una pesadilla. Tenía que averiguar dónde estaba el error, es decir, cuándo había firmado sin saberlo un documento que nunca debería haber aprobado. Había sido demasiado confiado, dando a su secretario mano libre en prácticamente todo. Ahora lamentaba profundamente su ingenuidad, porque, por supuesto, él era el responsable último de todo. Una arruga de preocupación se había dibujado en su frente y ya no podía concentrarse en otra cosa que no fuera hallar pruebas exculpatorias, capaces de demostrar que él había actuado con honestidad, pero por ignorancia o, al menos, por despiste.

÷÷÷

El día 11 de julio comenzó con un sol radiante y un cielo de un azul intenso. Josef llevaba su traje de marinero, con gorra de cinta a juego. Había pasado una semana sin tener la pierna escayolada, y se sentía tan ligero como una hoja al viento. También podía volver a saltar y brincar. Ayer había jugado sin problemas a la rayuela y luego había llevado su aro delante de sí, con la ayuda del palito, por toda la avenida de los castaños. El hueso de la pantorrilla se había soldado y él ya no cojeaba en absoluto, recordando sólo vagamente su caída. También volvió a su antigua habilidad con la cuerda de saltar. La pesca de carpas en el estanque, planeada por su padre, había vuelto a quedar en nada. El consejero, por lo visto, tenía cosas más urgentes que hacer.

Dada esta situación, Marlies y Ferdl propusieron llevar a Josef de excursión al campo. La joven preparó un tentempié para los tres, y su novio enganchó el carruaje. Mientras Ferdl, en el pescante, llevaba las riendas y Marlies tomaba asiento a su lado, Josef se acomodó en el banco trasero, junto a la cesta de picnic. El camino les llevó un buen trecho río abajo, casi hasta el Lobau. En un recodo del Danubio, Ferdl detuvo el caballo y ayudó a Marlies y al niño a bajarse. Antes de la comida, querían pescar durante unas horas, para lo cual Ferdl había traído tres cañas y cebo adicional. Como no picó ningún pez en el anzuelo de Josef, teniendo éste que mantenerse quieto para no ahuyentar a las posibles víctimas de su diversión pesquera, se adormiló por momentos, mientras vigilaba el sedal. Lo despertó un fuerte tirón en el cebo. Mirando a su alrededor, desconcertado, se dio cuenta de que sus compañeros adultos se habían alejado. Probablemente estarían tumbados en algún lugar de la pradera. Josef recogió el sedal, liberó al pequeño salmón del anzuelo y lo depositó en un cubo que habían traído ex profeso para ello. Entonces se acercó a hurtadillas a la pareja, completamente concentrada en sí misma y cuchicheando en la alta hierba.